



LOS DÍAS DEL ALCIÓN

José Manuel Casado Vázquez

LOS DÍAS DEL ALCIÓN



Primera edición: junio 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Manuel Casado Vázquez

© Andrea Galindo: Dibujo de portada

ISBN: 978-84-19340-90-0

ISBN digital: 978-84-19340-91-7

Depósito legal: M-17726-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis nietas, Ana y Julia, dos ángeles que vinieron hasta
mí en la noche oscura para alumbrarme el camino.*

No decía palabras,
acercaba tan sólo su cuerpo interrogante,
porque ignoraba que el deseo es una pregunta
cuya respuesta no existe,
una hoja cuya rama no existe,
un mundo cuyo cielo no existe.

LUIS CERNUDA
Los placeres prohibidos (1931)

Uno

La mañana se había levantado azul y ventosa, y las hojas muertas de los plátanos de sombra danzaban al azar en las aceras hasta estrellarse contra los muros que bordean el paseo frente a las tapias de San Telmo. Mediado octubre, Sevilla despertaba por fin de su letargo, exhausta tras superar los rigores del implacable verano, y el renovado frescor en el aire anunciaba la llegada de un tiempo más benigno. Eliseo Ibarrola había salido temprano de su casa y ahora, pasadas ya las diez, regresaba demorándose por la orilla izquierda de la dársena. Alto y derecho como un poste, no aparentaba haber cumplido los sesenta, algo que él solía atribuir a su costumbre de caminar varias horas incluso en las mañanas más crudas del invierno. Le gustaba marchar a buen paso para sentir en su cuerpo la tensión requerida por el esfuerzo físico: la flexión rítmica de las piernas, el rebote contra el suelo de sus pies al impulsar el cuerpo hacia adelante, el flujo de aire que hinchaba una y otra vez sus pulmones acompañando al movimiento acompasado de los brazos y otras mil sensaciones más le hacían sentir un bienestar cercano a la felicidad. Desde muy joven había pensado en el deporte —la natación, por ejemplo, o el tenis, que había practicado hasta que una grave lesión de tobillo le apartó de las pistas— desde una perspectiva práctica: hacer ejercicio le ayudaba a compensar las muchas horas que luego debía permanecer sentado frente a una mesa; era algo bueno para su salud, una actividad que le convenía tanto a su cuerpo como a su mente. Una vez jubilado, y libre por fin de todo aquel insano trabajo de despacho, había descubierto con sorpresa

que su interés por mantener un buen tono físico obedecía a impulsos mucho más personales y profundos. Si caminaba era por el puro placer de dar salida a la energía que se acumulaba en su organismo a lo largo de la noche, por mantener su mente alerta, por sentirse vivo.

La reciente jubilación apenas había cambiado sus rutinas cotidianas. En los últimos meses, el paseo y la minuciosa lectura de la prensa local ocupaban buena parte de sus mañanas y, más tarde, luego de comer y dormir una breve siesta, solía pasar casi todo el tiempo en el universo de las ficciones, donde podía ignorar las engorrosas dificultades y los complejos dilemas que suele plantear la vida cotidiana. Los mundos ficticios de la literatura y el cine eran su refugio, los lugares donde se sentía seguro y a salvo de las injerencias del exterior. ¿Qué le importaba, después de todo, que Emma Bovary se envenenase con arsénico o que la familia Clutter hubiera sido asesinada a sangre fría en la remota Kansas si, con el simple gesto de cerrar el libro, todo aquel horror se desvanecía de forma instantánea? En una novela o en una película de cine todo tenía un sentido, lo que ocurría encajaba de una forma u otra, todo estaba enfocado a un fin. Las decisiones de los personajes, por ejemplo, podían sorprenderle, pero rara vez le resultaba difícil comprenderlas: Elsa y Rick se habían separado en Casablanca por razones que todo el mundo era capaz de entender, pero en su caso, ¿cuáles eran las que habían llevado a Julia a traicionarle tantos años atrás? A él nadie le había dado explicaciones: Julia se fue, se marchó, le abandonó, punto final; en la vida las cosas pasaban así, todo funcionaba como una ruleta en la que se apostaba sin parar: si salía par, Julia se quedaba y, si no, se marchaba para siempre; en el mundo real era fácil sentirse perdido entre la gente, zarandeado de aquí para allá por fuerzas desconocidas e implacables; nunca se llegaban a vislumbrar siquiera las motivaciones de los demás, todo era demasiado azaroso, demasiado imprevisible.

Con el paso de los años, su desapego hacia los demás, la necesidad de mantener las distancias, incluso con los pocos amigos

que aún le seguían siendo fieles, había ido creciendo dentro de él como un tumor maligno hasta adentrarse en el mismo núcleo de sus emociones. Ese aislamiento tenía un precio y él no lo ignoraba; en ocasiones, al cruzarse durante el paseo con algún grupo de afanosos corredores o mientras tomaba café sentado en una terraza, se daba cuenta de que tal vez estaba llevando las cosas demasiado lejos, pero no le habría resultado fácil explicar sus razones. Después de todo, no podía quejarse: en los últimos años se había sentido bien instalado en la vida: hacía solo lo que quería hacer y vivía tal como le gustaba vivir aunque, a veces, la coraza de indiferencia que lo protegía se quebrara como una taza de porcelana al caer al suelo y un oscuro sentimiento de autocompasión y miedo le obligase a buscar con urgencia la compañía de un amigo en quien descargar su angustia. Solía marchar entonces calle San Fernando arriba hasta el edificio de los Juzgados, a ver si se topaba por azar con algún viejo colega que todavía estuviese en activo, o cruzaba la dársena y se llegaba al Náutico, a tomarse un café en el bar en espera de cruzarse con alguien con quien pudiera pegar la hebra durante un rato. Si nada de esto funcionaba, se dejaba caer al mediodía por la calle Adriano, con la esperanza de encontrar a Isacio León, un devoto cofrade del Baratillo que casi todos los días iba a la capilla de la Hermandad para rezar un padrenuestro.

Lo había conocido en la universidad, pero solo porque tenían asignaturas comunes; la amistad llegó mucho más tarde, después de su regreso a Sevilla tras la traición de Julia. Desde la muerte de su madre hacía ya unos años, Isacio vivía solo en un piso antiguo con ventanas a la calle Francos. Era un hombre alto, de la misma estatura que Eliseo, aunque todo lo que en el cuerpo de este era fibra en el suyo fuera grasa. Vestía siempre una especie de uniforme compuesto por un traje de chaqueta negro, una pulcra camisa blanca y una corbata negra de seda, reservando para los días muy fríos un Loden azul oscuro tan amplio que al andar se hinchaba como la capa de un obispo. Era un tipo jovial, de esa clase de personas un poco simples que

siempre repiten los mismos chistes y nunca se toman a mal que los amigos se lo reprochen.

En los últimos años, Isacio y él solían quedar muy de tarde en tarde en la plaza del Salvador, donde se bebían un par de copas de fino acompañadas de una ración de gambas blancas. La última vez hacía buen tiempo y Eliseo había encontrado aún libre una de las mesas situadas cerca de la estatua de Martínez Montañés. Al rato vio a Isacio al otro lado de la plaza. Parecía cansado y avanzaba a pasos cortos, como el que soporta sobre los hombros una enorme carga. Él alzó el brazo para llamar su atención y, nada más verle, su amigo irguió su cuerpo y recorrió áiroso el trecho que le quedaba para alcanzar la mesa. Antes de pronunciar una palabra, cogió una silla, desparramó sobre ella su fofo corpachón y se acarició la cabeza, no fuera a ser que se le hubiera encabritado alguno de los pocos cabellos con los que trataba de ocultar su calvicie.

—Bueno, ¿qué tal andamos hoy, rey del mambo? —le preguntó, dándole una palmada en la rodilla.

Eliseo sabía que Isacio le admiraba, no tanto por lo bien que le hubiera ido en la vida —a él tampoco le iba mal como registrador— sino por su éxito con las mujeres.

—¿Te acuerdas de la Pardeza, aquella pasante de Eduardo Battaller? —le recordaba siempre que hablaban de faldas, algo que era casi inevitable cuando se trataba con Isacio—. Esa primero te dio calabazas, ¿eh, barbián? Pero luego bien que...

Eliseo solía impedir que la conversación fuese por esos derroteros, agitando la mano en el aire para detener la completa enumeración de sus amores pasados con que su amigo lo amenazaba.

—No me hables de antiguallas, que ya me he cortado la coleta —le reprochaba, en un intento de derivar la charla hacia temas menos personales. Luego se sentía mal por haber sido tan brusco; en realidad, le halagaban ese tipo de comentarios. En su cabeza, por un instante, esa sensación de bienestar agridulce se encadenaba con un pensamiento aún más nebuloso: había en verdad una asimetría en su amistad con Isacio: este sabía muy bien por dónde

iban sus querencias, pero él lo ignoraba todo sobre la sexualidad de su amigo; no sabía si le gustaban las mujeres o sus deseos discurrían por otros cauces —en ese tema nunca entraban, como si tuvieran un acuerdo tácito que ambos se esforzaban en cumplir—, pero lo cierto es que el asunto le traía sin cuidado: Isacio podía ser un reprimido o un bujarrón; para él esas diferencias carecían de importancia y en ningún caso habrían cambiado su modo de tratarlo.

Esa mañana, Isacio no había tardado mucho en coger el hilo de su tema predilecto y le refirió con todo detalle el último coctilleo que corría por la ciudad. Como todos los glotones, tenía la rara capacidad de hablar y masticar al mismo tiempo y, además, estaba dotado de una notable pericia para pelar los crustáceos, lo que le permitía comer el doble que su amigo sin dejar la cháchara. Apenas acabó de chuparle la cabeza a la última gamba, se limpió boca y manos, miró satisfecho el montón de restos acumulado en su plato y pronunció con ojos anhelantes la muletilla que había incorporado a su repertorio desde el momento en que supo que padecía diabetes:

—Porque tengo azúcar, que si no me tomaba ahora mismo un palo de nata...

Eliseo cruzó la calzada del puente de San Telmo y entró en el paseo de Colón. En contra de su costumbre, bajó la rampa que desemboca en el antiguo muelle y buscó asiento junto a un macizo de flores en la parte trasera de la Torre del Oro. Se sentía cansado, y una sensación de vacío interior iba y venía en oleadas, provocándole una angustia que se le agarraba a la boca del estómago y le hacía jadear. Apoyó los antebrazos en la parte superior de los muslos y bajó la cabeza hasta la altura de las rodillas, manteniéndola así durante unos minutos, en un intento de aquietar la confusa agitación que se había ido adueñando de su cuerpo mientras caminaba. El origen de ese malestar era el sueño que lo había despertado de

madrugada con la boca reseca y una abrupta sensación de culpa. No era la primera vez que le pasaba: desde hacía unos meses, unas extrañas pesadillas le acosaban casi cada noche. Al principio se trataba solo de algunas imágenes inconexas que evocaban lugares conocidos, turbias visiones de rostros familiares o intensas sensaciones de desamparo que luego se desvanecían con rapidez apenas despertaba. Más adelante, aquellas absurdas yuxtaposiciones se habían ido transformando en algo parecido a una secuencia bien definida, a la manera de una película que se proyectara en el interior de su cabeza.

Los detalles de esa película solían variar a menudo pero la cinemática era siempre la misma, todo parecía seguir la misma pauta, el mismo guion: una gran luna fría e inmóvil colgada como un ojo implacable en el fondo cóncavo y violeta de un firmamento sin estrellas, la fugaz visión de una puerta donde alguien había grabado con letras doradas una sola palabra. Podía ser «Eudora» o «Fedora» o «Pandora», las imágenes eran borrosas, imprecisas, demasiado veloces en su continuo discurrir; no tenía tiempo de fijarse porque la presencia de un anciano captaba ya toda su atención: era un hombre de cabello blanco y abultados párpados que permanecía en pie a su lado, inmóvil, vigilante, contemplando en silencio sus esfuerzos por descubrir lo que se ocultaba detrás de aquella puerta. Luego ya estaba al otro lado, y una mujer le miraba bajo la cruda luz de un lejano foco cenital, la oscuridad la rodeaba y él apenas podía ver otra cosa que el fulgor de su cabello, la línea de sombra que modelaba sus pómulos y la lasciva sonrisa que le sesgaba los labios. Solo esos pocos detalles le bastaban para reconocer a Julia. Alargaba la mano para tocar su cara: deseaba rozarlo con las puntas de sus dedos, recorrer con su pulgar la carnosa curvatura de sus labios, notar la fría resistencia de sus pómulos al acariciarle el rostro... Pero el anciano volvía a estar a su lado y su mirada gatuna le intimidaba, le hacía sentirse vulnerable, insignificante, indigno, y, entonces, bruscamente, se despertaba.

El viento picaba el agua verdosa de la dársena punteando su superficie con destellos fugaces. Eliseo la estaba contemplando, absorto, cuando el restallar de una banderola cercana le hizo tomar conciencia de sí mismo. Se puso en pie y subió la rampa para seguir su camino. Al llegar frente a la plaza de toros, cruzó la calzada y tomó la bocacalle que bordea el coso. De madrugada había llovido fuerte —el primer aviso del cambio de estación—, y el agua formaba grandes charcos en los desniveles del pavimento, obligándolo a saltar de tanto en tanto para mantener secos sus zapatos de deporte. No tardó en llegar a una plazoleta de forma irregular donde confluían numerosas calles. Poco después, empujaba la puerta acristalada de un bar. Al fondo del local, un solitario parroquiano apuraba una cerveza a labio frente a la susurrante pantalla de un televisor colgado de la pared. Tras la barra, un joven con barba de tres días frotaba con una bayeta el cristal de un expositor de tapas aún vacío. Eliseo lo saludó con un gesto desmañado:

—Agustín...

El chico dejó de restregar y levantó la cabeza.

—¿Lo de siempre, don Eliseo?

Echó mano a un manoseado diario extraviado en la barra y se sentó en la mesa que quedaba más cercana a la puerta. Desayunar en un bar con el periódico entre las manos había sido su ritual de media mañana desde la época en que preparaba las oposiciones, cuando dejaba de estudiar a eso de las once y se marchaba a una cafetería cercana a su casa para despejarse la cabeza con un café negro bien cargado. Ahora leer la prensa tenía más que nada un carácter defensivo; la lectura, al igual que resolver el crucigrama, le permitían desentenderse de las charlas ajenas, de los fingidos enfados del camarero a cuenta de los últimos resultados del fútbol, de las bromas de los pocos clientes que se acercaban al bar en esa hora indecisa entre el café tardío y el temprano aperitivo.

Media hora después, les dedicaba una mirada distraída a las esquelas: su última tarea antes de dar por terminada la lectura era enterarse de si había muerto algún conocido y era obligatorio que

asistiese al funeral. Una vez bien informado de esos imprescindibles particulares, se levantó de la mesa, dejó unas monedas sobre la barra y abandonó el bar dándole al aire un brusco manotazo a modo de despedida.

Eliseo vivía cerca, en una calle tranquila y sin apenas tráfico flanqueada por edificios de blancos paramentos, ventanas enrejadas y portones decorados con rosetas de bronce. Frente su casa, un muro encalado de factura antigua se alargaba hasta formar esquina con una calle repleta de locales comerciales abiertos en los bajos de las casas. De niño le gustaba curiosear en los escaparates y pararse un rato en el de la tienda de ultramarinos, donde podía admirar las pirámides levantadas apilando al tresbolillo latas de bonito mientras el olor a jamón le llenaba la boca de saliva. Con el tiempo, muchos de aquellos comercios acabaron cerrando y otros muy distintos tomaron el relevo. Eliseo no recordaba cuándo había comenzado a cambiar aquella calle, por entonces él ya vivía en Madrid y solo venía a la ciudad muy de tarde en tarde, un par de días por Navidad y poco más, y entonces no echaba cuenta de las tiendas que se cerraban ni de los bares de copas que surgían como hongos en un bosque tras las primeras lluvias del otoño, ni se fijaba en las angostas tabernas con largas barras de aluminio donde los clientes se limitaban a recoger sus bebidas para trasegarlas en la calle, en equilibrio inestable sobre las aceras, apiñados en los alledaños del local bajo la luz guillotizada de las farolas.

Apenas entró en su piso, Eliseo fue directo a la cocina y abrió la puerta del frigorífico. La luz interior se encendió al instante iluminando el paquete de mantequilla, el frasco de mermelada de fresa, algunas bandejas de comida envueltas en láminas de plástico transparente, una empanada a medio consumir... Al inclinarse para coger una botella de bebida isotónica, notó el picante aroma de la yerbabuena y, de repente, se vio a sí mismo de niño jugando con un camión de madera blanco y rojo. Llenó un vaso y fue bebiendo su contenido a pequeños sorbos mientras se dirigía al salón. Se acercó a una ventana y apuró la limonada antes de ponerse a

contemplar el cielo. Nubes como copos de algodón deshilachado discurrían veloces por encima de los tejados en dirección al río. Le resultaba difícil aceptar que su cuerpo y su mente pudiesen resentirse por efecto de aquellos malditos sueños, pero si era eso lo que le estaba sucediendo, había llegado la hora de hacer algo; se negaba a convivir con aquellas pesadillas. Podía pedir ayuda: ir a un psicólogo, hacer meditación, o yoga, pero antes trataría de resolver primero aquel problema por sus propios medios. Tal vez había algo oscuro en su pasado, algún recuerdo reprimido que pugnase por encontrar un camino hacia la luz. Quizá sus sueños no fueran más que el fruto de la tensión entre fuerzas opuestas, una sucesión de imágenes descoyuntadas que pretendían mostrarle algo cuyo significado tenía que descifrar para liberarse de su angustia.

Al poco de que las pesadillas se volvieran habituales, había comenzado a tomar notas en un cuaderno para fijar por escrito las imágenes que aún bullían en su cabeza en el momento de despertar. Cada madrugada, al levantarse de la cama para ponerse a escribir en la soledad de su dormitorio, le espoleaba pensar que la tarea a la que se aplicaba merecía la pena; quizá aquellas notas, se decía, le permitieran reconstruir el guion de esa película que engendraba su cerebro. Si ver una película era algo semejante a soñar, ¿por qué no podía ocurrir también lo contrario? De niño, cuando tía Piedad lo llevaba al cine los domingos por la tarde, esperaba con impaciencia el momento en que las luces de la sala se apagaran y diera comienzo la proyección. En ese instante, el tiempo se detenía y él se sumergía en el resplandor hipnótico de la pantalla, perdidas las sensaciones de su propio cuerpo, sin notar siquiera en su lengua el suave burbujeo ácido de la gaseosa que le acababan de comprar. Luego —apenas un segundo después en su conciencia— volvían a dar las luces y él recuperaba de golpe la sensación de estar vivo, el malestar de una pierna dormida, el ligero dolor instalado en su nuca. Era ese un momento de desconcierto, el despertar de un sueño maravilloso, el regreso a la triste realidad de las cosas cotidianas, un desencanto que no tenía más remedio que aceptar.

Ahora, al cabo de los años, todo parecía haberse vuelto del revés y lo que sentía cuando una pesadilla lo despertaba de madrugada era justamente lo contrario de lo que experimentaba de niño: salir del sueño era regresar a la apacible penumbra de su dormitorio, volver a oír el familiar tictac del reloj de la mesilla de noche, sentirse como un buceador al que se le ha acabado el aire y emerge para llenar sus pulmones con una enorme bocanada de vida.

Eliseo llevó el vaso vacío hasta la cocina y se dirigió al baño para tomar una ducha. Al abandonarlo, aún en albornoz y con el pelo húmedo, se echó sobre la cama y dejó que su mente vagase libre de presiones, atenta tan solo a las variables formas que iban tomando las sombras que discurrían por el techo. Quizá pudiera utilizar aquellos breves apuntes para intentar encontrar el misterio que se ocultaba detrás de «Eudora», del anciano de los ojos felinos, de esa mujer que se parecía a Julia y le susurraba cada noche palabras incandescentes... Si lo que soñaba no era más que una representación, es probable que tuviese que ver con algo que le había sucedido siendo niño. Por ahí tendría que empezar: perdiéndole el miedo a los monstruos que aún parecían pervivir agazapados en los intersticios de su memoria, decidirse a rebuscar bajo el montón de hojarasca que ocultaba sus recuerdos hasta encontrar ese algo decisivo que le había ocurrido en el pasado.

Empezaría por las viejas fotografías familiares, mensajeras de un tiempo cada vez más remoto que llevaban años enterradas en el fondo de un armario. Solo tendría que sacarlas a la luz para darse de bruces consigo mismo en pantalones cortos, con el sombrío adolescente vestido con un *blazer* azul con corbata escocesa, con su padre, con tía Piedad, con mamá en el parque de María Luisa una tarde de primavera con sol; personas ya fuera de su alcance, momentos de su vida extraídos del continuo temporal por las delicadas tijeras mecánicas de los obturadores, instantes que había perdido y ya no tenía forma de recuperar.

Sacó una gran caja de cartón gris que yacía almacenada en uno de los armarios del pasillo y la transportó hasta la pieza donde se

hallaban dispuestos los muebles del despacho de su padre. Era una sala amplia, lóbrega, con las paredes pintadas de un blanco envejecido, dominada por una gran mesa de madera negra, brillante como un ataúd, con el tablero cubierto en su mayor parte por un deslustrado sobre de cuero granate. Detrás de un austero sillón castellano con asiento repujado, una estantería flaqueaba bajo el peso del diccionario Espasa que su padre había comprado mucho antes de que él viniese al mundo. En la esquina opuesta, un butacón tapizado en piel y una lámpara con pie salomónico y pantalla de pergamino contribuían a darle al conjunto el aspecto abigarrado y fúnebre de un guardamuebles. Él iba poco por allí: detestaba el rancio estilo del mobiliario y le inquietaba sentir la presencia ineludible del doctor Ibarrola, al que invariablemente imaginaba sentado ante la mesa, escribiendo notas en sus elegantes holandesas de papel verjurado. Muchas veces había pensado en deshacerse de todas aquellas antiguallas, pero al final siempre se arrepentía: al fin y al cabo, eran lo único que su tía consideró que merecía la pena salvar de la casa de su cuñado.

En el interior de la caja gris se amontonaban cientos de fotos; algunas eran pequeñas, con los bordes picudos e irregulares como sierras melladas; otras, de mayor empaque, revelaban el trabajo de un profesional en las marcas troqueladas que adornaban alguna de sus esquinas. Retratos de estudio, fotos borrosas de gente que tomaba el sol en la playa, defectuosas instantáneas en color tomadas por algún principiante poco prometedor, él en brazos de su madre cuando tenía unos pocos días, él con aquellos ridículos pantalones cortos y un pie apoyado en un viejo patinete... No le gustaba verse a sí mismo, no acababa de reconocerse en aquel niño vestido con pantalones de franela gris, no deseaba que su mirada reviviera el pasado ya muerto; de buena gana, tiraría todas aquellas fotos a la basura o las llevaría a la terraza para hacer con ellas una gran hoguera. Pero, quién sabe, antes de hacerlas desaparecer para siempre quizá le ayudasen a encontrar lo que buscaba.

Su primera tarea prometía ser hercúlea: datar todas aquellas imágenes con precisión contando solo con las indicaciones al dorso de las cartulinas —Eliseo a los tres años, Eliseo en la playa en 1956— o con el recurso a sus escasos recuerdos de la infancia, significaba meses de trabajo con tanto nombre que apuntar en una lista de fechas y lugares, y esta era Purificación Garcés o ese debe ser Zambrano, el amigo de papá que venía algunos domingos a misa con nosotros.

Sintió el aguijonazo del hambre y miró el reloj: las dos y diez, un poco tarde para empezar el trabajo. Lo que tenía entre manos no era cosa de un momento, ni de me doy un atracón y lo acabo en dos días; mejor se lo tomaba con calma y lo dejaba para la tarde. La comida que Aurelia le había preparado estaba en el horno, solo tenía que calentarla un poco y acompañarla con una copa de vino tinto.

Una vez terminó de recoger los platos, se echó una corta siesta. Pasaban ya de las cuatro cuando volvió a situarse ante la gran mesa dispuesto a dar comienzo a su tarea. Poco a poco, a medida que sacaba las fotos y las agrupaba, su pasado se fue desparramando sobre el tablero: allí estaba su madre joven, recién casada o con él en brazos, también su padre, vestido con la chaqueta clara de lino que usaba en vacaciones, y las antiguas instantáneas ya descoloridas que recordaba haber tomado durante los veranos de Sanlúcar con su primera Instamatic...

A las siete, el encendido de las farolas en la calle le incitó a asomarse a la ventana. Anochecía y él empezaba a sentirse cansado. Lo mejor era dejar las fotos esparcidas sobre la mesa —le diría a Aurelia que no entrase a limpiar hasta nueva orden— y tomarse un whisky con un poco de música de fondo. En el salón buscó un concierto para piano de Mozart y lo colocó en el lector de discos compactos. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras se servía el licor. Se notaba excitado, intranquilo, incapaz de sentirse a gusto sentado en la butaca. Se acercó de nuevo a la ventana: fuera lloviznaba y una joven de cabello corto con el cuello envuelto en un

foulard rojo caminaba por el otro lado de la calle. Marchaba rápido, buscando la protección de la pared. La siguió atentamente con la mirada hasta que desapareció de su campo de visión. «Si la conociera», pensó, «si ella me conociera a mí, tal vez, quizás...». Volvió a lo suyo: se había pasado la tarde dando vueltas en torno a una idea fija y ahora le resultaba imposible quitársela de la cabeza: tenía que encontrar en aquellas viejas fotos algún hilo del que tirar, un rostro, una mirada, algo que le hiciera comprender el significado de las imágenes que su inconsciente se empeñaba en regurgitar cada noche; necesitaba recuperar esos recuerdos enquistados como crisálidas en el interior de su cerebro para ayudarlos a romper las ataduras que los mantenían presos y luego obligarlos a salir de una vez por todas a la clara luz del día.

Dos

Noviembre vino frío, inhóspito, repleto de caminatas solitarias y atardeceres cavilosos; un tiempo de sueños tenaces y madrugadas insomnes. Noche tras noche, el anciano vigilante casi le impedía abrir la puerta y luego la mujer envuelta en sombras le sonreía, le excitaba con sus gestos lascivos, le hacía sentirse culpable... A veces, sin embargo, algo en su sueño se transformaba sutilmente: una noche a mitad de mes, el anciano se convirtió en Jean Gabin, el actor francés de ojos amodorrados y mirada de tigre. ¿Qué hacía aquel hombre en su sueño?, se preguntó un tanto desconcertado al descubrir que era él, Eliseo Ibarrola, quien dentro de su pesadilla se lo estaba preguntando, que era consciente de que estaba soñando, que el sombrío resplandor de la luna, el rostro hermético del guardián de la puerta y la mujer que le esperaba en la habitación prohibida convivían en su cerebro con algún residuo de su conciencia.

Con el discurrir del otoño, sus sueños se fueron volviendo cada vez más nítidos, mejor definidos. Por primera vez pudo ver con claridad el melancólico azul de los ojos del anciano, el reflejo sedoso de la luz en los pómulos de la mujer encerrada tras la puerta, la fina línea de carboncillo negro que marcaba la forma angular de sus cejas; era como si se hubiera descorrido un velo o limpiado un cristal sucio que antes emborronara los detalles de los rostros, los contornos de los objetos, los suaves arcos que formaban al enlazarse las letras de la palabra *Eudora*. Poco después descubrió con asombro que, al otro lado de la puerta, todo había cambiado: la ha-

bitación, iluminada ahora por intensos focos de un blanco azulado, parecía el escenario de un teatro. Julia había desaparecido y justo en el centro de las tablas, sentada en un taburete con las piernas cruzadas, se encontraba Lola, la mujer que cantaba cada noche en El Ángel Azul, aquel desvencijado cabaret a la alemana que tanto le había impresionado cuando vio la película de Sternberg por primera vez. Podía contemplar de cerca el sombrero de copa que llevaba terciado sobre el cabello claro y sus pies tiernamente apresados por unos zapatitos de color rosa (¿eran en verdad rosas los zapatitos de Lola?). La cabaretera le sonreía con un aire entre burlón y desdenoso, como si le divirtiera verlo allí, tan cercano, tan digno de lástima, tan incapaz siquiera de alargar su mano para disfrutar de la forma sinuosa de sus piernas. Si le fuera posible acercarse solo un poco más, se dijo justo antes de entrar en ese duermevela que inicia el despertar, si pudiera ponerse de rodillas junto a ella, si se le permitiera recorrer con sus labios...

Una tarde de mediados de diciembre, Eliseo terminó por fin de revisar las fotografías de la gran caja gris; ahora contaba con una lista de lugares, fechas aproximadas y nombres de personas. Dudaba que aquel trabajo le sirviera de algo: casi todas las fotos habían sido tomadas en las tres únicas ciudades donde había transcurrido su infancia y la gente retratada se repetía tanto que, salvo una o dos borrosas excepciones, apenas había tenido dificultades para saber quién era quién. En ninguna de las fotos encontró la palabra *Eudora*, ni un viejo con el pelo blanco que se pareciese a Jean Gabin, ni tampoco algo que pudiera relacionar con Lola. Nada parecía tener relación con el contenido de sus sueños.

Después de cenar, Eliseo solía entretenerse viendo alguna película mientras saboreaba uno o dos vasos de whisky con mucho hielo. Le gustaba el cine antiguo, el que se hacía en Hollywood en los años treinta y cuarenta, con aquellos matones de chaqueta ajustada, sombrero de ala ancha y gatillo fácil, y aquellas provocadoras

mujeres de cejas curvilíneas y mirada turbia, y luego también estaba la chica buena del piso de al lado, que siempre aparecía cuando era necesario cuidar al pistolero, que sufría en silencio por él, que nunca se cansaba de esperarlo. Eliseo había adquirido la costumbre unos años atrás, en la época en que empezó a quedarse en casa por las noches. Por entonces, contemplar impunemente en la pantalla a las diosas del celuloide rancio le proporcionaba una especie de compensación erótica —los gozosos hombros de Jean Harlow o el afilado rostro de Marlene Dietrich en primer plano siempre le provocaban un escalofrío de placer—, una sensación agradable, incluso excitante, que no le exigía compromiso alguno, que no implicaba ninguna renuncia, que no le concernía a nadie más que a él mismo. Ahora todo eso había quedado atrás y alguna de aquellas películas ya solo le servía para llenar esas horas vacías que se interponían entre la cena y la decisión de irse a la cama.

Una noche, inquieto por la inesperada aparición onírica de Lola, quiso volver a ver *El ángel azul*. Recordaba muy bien el teatrillo donde la chica cantaba cruzando voluptuosamente sus piernas y también el rostro lujurioso de Rath, convencido de que lo hacía solo para él, y luego su amor desesperado y su humillación y su muerte. Al terminar de verla, su opinión inicial no había cambiado: la película era triste, Lola era una mujer libre —o quizá solo un tipo de sirena de hermosas piernas y mirada de hielo— y el profesor, un viejo estúpido y presuntuoso. Luego, mientras se lavaba los dientes frente al espejo antes de irse a dormir, se hizo al fin las preguntas que le llevaban rondando toda la noche: ¿Qué hacía Lola dentro de su sueño? ¿Por qué razón le susurraba palabras lascivas? ¿Por qué aquel deseo suyo de acariciarle los muslos, de morderle los labios?

En vez de dirigirse al dormitorio, Eliseo regresó al salón y buscó una hoja de papel en blanco. Se sentó y dibujó en ella un triángulo equilátero. En uno de los vértices escribió la palabra que le obsesionaba: «Eudora», y en los otros dos, los nombres de Julia y Lola. La sonrisa burlona de Marlene Dietrich siempre evocaba en su memoria la imagen de Julia y esa noche la sensación había sido

muy intensa: durante toda la película, era Julia quien se le aparecía en la pantalla del televisor, quien cantaba desde el escenario, quien se reía del pobre Rath. En todo caso, ese lado del triángulo apenas le importaba, era el otro vértice el que contenía la clave del misterio que le tenía en ascuas. Si descubría su significado, todo lo demás cobraría sentido. Tenía que averiguar lo que implicaban las dos líneas que terminaban en ese vértice. Esa noche soñó que Lola se llevaba la mano a los labios y le mandaba un beso. Al despertar de madrugada, la boca le sabía a metálico. Se levantó de la cama y escribió en su cuaderno de notas:

El primer beso de Lola. Su sexualidad provocadora y a la vez distante, carnal a la vez que doméstica, puede llegar a aniquilarte. Mujer y diosa, frígida, indiferente a tu deseo, a tu miedo a no satisfacerla: primero te atrae con su canto de sirena y después te desprecia, te humilla, te abandona.

Eliseo comprendía muy bien a Rath; en otro tiempo, también él se había enamorado de una sirena, pero él nunca había caído tan bajo, él no fue en busca de Julia para suplicarle que volviera, él nunca dejó que lo humillaran. Julia lo había dejado tirado para irse con otro y él se juró no volver a permitir que una mujer lo arrasara. Marlene Dietrich aún le recordaba a la Julia que habitaba en su pasado y la aparición de Lola en sus sueños se lo confirmaba. Aún deseaba a Julia: no tenía sentido mentirse sobre eso, ¿qué otra cosa podía significar el beso furtivo que Lola le había dedicado? Ese gesto era una impostura creada por su propio inconsciente, el fruto de una pulsión secreta, insatisfecha, que aún se enroscaba en su cerebro, mordéndolo como una serpiente dispuesta a no soltar jamás su presa. A la luz del día, su deseo por Julia estaba contaminado por el despecho; si a veces pensaba en ella era solo para poder sentir después el oscuro placer de refrescar su odio, para mantenerlo vivo y no dejar que el paso del tiempo lo aplacase. Pero, ¿acaso podía él impedir que apareciera en sus sueños, tenía el poder de dominar al monstruo que habitaba en su interior? Amor,

despecho, odio... a veces se le formaba un nudo que no sabía cómo deshacer, que se le quedaba en la garganta como una bola de moco imposible de escupir.

Una tarde, ya avanzado diciembre, le llamó por teléfono Paco Menéndez, uno de sus antiguos compañeros del bufete. Paco era bastante más joven, pero ambos habían congeniado apenas conocerse y seguían siendo amigos aunque solo se vieran muy de tarde en tarde. Paco nunca se olvidaba de avisarlo cuando se avecinaba una celebración o tocaba asistir a algún sepelio. Esta vez se trataba de la comida de Navidad. «Acuérdate, el veintiuno a mediodía», le dijo, «y esta vez vamos casi todos, hasta tu vieja amiga Cecilia».

Eliseo frunció la boca encajando la pulla —Cecilia le recordaba una época que prefería olvidar—, pero no era cosa de que al otro lado de la línea se notase su incomodidad. «Contad conmigo», dijo antes de preguntar adónde tenían pensado ir esta vez. La voz de Paco sonó compungida: «Ojeda quiere que vayamos a Barrameda, así que vete preparando la cartera...».

Eliseo se demoró unos segundos en contestar.

—¡Ahá! —acertó a decir finalmente.

Apenas colgó el teléfono, recordó los primeros meses de su trabajo en el bufete, cuando acababa de regresar de Londres dispuesto a comenzar una nueva vida en su ciudad natal, lejos de los lugares donde todo le recordaba a Julia. Sus nuevos compañeros le consideraban un gran fichaje y a él no le había resultado difícil amistar con algunos de los más jóvenes. Eran gente nocherniega, bulliciosa y experta en trasegar alcohol, que recalaba cada día a eso de las ocho en un pub cercano a la oficina para hablar de mujeres y tomarse de paso una o dos copas. Los viernes por la noche pasaban a mayores en locales como Batracio, Kalandraka o Patapalo, donde casi siempre terminaban jugando a ver quién aguantaba a pie firme más chupitos de tequila. Luego, ya de madrugada, cuando los camareros acababan por echarlos a la calle, remataban la

faena yéndose a vagar por la ciudad desierta a la espera de poder tomarse unos churros con chocolate en una freiduría donde parecían congregarse a aquellas horas todos los bebedores irredentos de la Sevilla nocturna.

Veinticinco años después de todo aquello, Eliseo apenas se trataba con un par de sus viejos compañeros de juerga: algunos se habían casado y parecían llevar una vida saludable, a otros el hígado les había dado ya el primer aviso —a más de uno hasta el segundo— y a casi todos los demás les había perdido la pista. A veces, cuando salía a pasear por la orilla del río en las noches de verano a la espera de que refrescase un poco para poder irse a dormir, solía recordar con un pinchazo de nostalgia aquellas lejanas madrugadas etílicas, el ir y venir atropellado por las calles de la ciudad dormida, abrazándose a las farolas, trastabillando, esquivando apenas las filosas esquinas, orinando en los alcorques de los naranjos... Fue un tiempo de locura, unos pocos meses de despreocupado caminar al borde de un abismo que amenazaba con tragárselo. Aquel periodo de su vida había acabado un domingo en que el dolor de cabeza le mantuvo confinado en la cama durante toda la mañana. Pasado el mediodía, se levantó para ir al baño y refrescarse un poco. Se secaba ya la cara cuando, al mirarse de cerca los ojos en el espejo, supo con certeza que, si no tiraba la toalla, estaría criando malvas antes de cumplir los cincuenta.

Fue por entonces cuando conoció a la abogada Cecilia Bardón, alias *Zapatitos*, una jaquetona de carnes prietas y pechos rotundos. Aunque andaba ya muy metida en la treintena, aún conservaba un aspecto seductor gracias a las extenuantes sesiones de gimnasia, al juicioso uso de profundos escotes y al atractivo irresistible de las minifaldas de cuero negro. Apenas apareció por el bufete, Eliseo advirtió que la chica parecía hacerse la encontradiza y le dedicaba mohines y caídas de ojos cada vez que se cruzaban. Pronto empezó a sentirse acosado como el ratón al que persigue un gato: era verla de lejos por el pasillo y esconderse en un despacho, molestado a su ocupante con la primera excusa que se le ocurría, o

darse la vuelta intentando fingir que había olvidado algo, o incluso meterse en el lavabo con gesto de tener una necesidad urgente. Cuando no le servía ninguna de esas tretas, procuraba comportarse como si la joven fuera transparente. La estrategia le fue bien al principio, haciéndole creer que la acosadora se había cansado de su persistente indiferencia y se había rendido, pero no tardó en comprender que para Cecilia solo había terminado el primer asalto. Una mañana, mientras tomaban café en un bar cercano a la oficina, algunos compañeros comenzaron a gastar bromas sobre su reciente ruptura con un supuesto novio.

—Anda, que buey suelto bien se lame —le soltó a bocajarro uno de los más procaces—, ahora que estás otra vez libre, digo yo que nos darás alguna oportunidad a los demás...

—Ya quisieras tú, so monigote —le contestó Zapatitos mirando con descaro a Eliseo—, lo que necesito es un hombre maduro, un hombre de verdad, vamos, no un chiquichanca como tú.

Por fin la chica había decidido jugar abiertamente sus cartas.

Los variados pormenores y escaramuzas de la prolongada batalla que siguió a esta pública declaración de guerra corrían por la oficina como pólvora que arde. Acabaron por formarse dos bandos: los menos cercanos a Eliseo creían que la chica ya había cobrado presa haciéndole desfilas por su entropierna. Todo aquel despliegue erotizante, aquellas miradas incendiarias, los comentarios de doble sentido, el nuevo tono color caoba de su pelo, aseguraban, era solo un poco de teatro para exhibir su trofeo. Solo unos pocos amigos sabían que el recién llegado aún no había sucumbido a los encantos de la sirena, aunque ninguno entendiese su tenaz resistencia a dejarse querer. Las madrugadas de los sábados, cuando él y sus compañeros de parranda andaban ya medio borrachos, todos se empeñaban de forma más o menos torpe en animarle a no desperdiciar tan favorable coyuntura. En una de aquellas ocasiones, hasta el buen Mingo, un asturiano siempre discreto, quiso aportar su granito de arena a la noble causa común.

—¿Le miraste bien las tetas? —le había preguntado ahuecando las manos sobre su pechera para darle más fuerza retórica a la pregunta. El resto soltó una carcajada y *Barbas*, un gaditano cuyo apodo le venía de apellidarse Barbadillo, aprovechó para intentar el descabello:

—¡Me cago en la puta de oros, Ibarrola! ¿Tú eres carajote o qué? Si no tienes más que chascar la lengua para que se te meta en la cama... Si me pasara a mí ardería Roma como en tiempos de Nerón. Te lo advierto muy en serio: si se me pone a tiro, voy y te levanto la pieza.

Eliseo tardó un rato en responder; el alcohol le bajaba el ralentí.

—Muchas gracias por tu delicada admonición, *Barbas* —dijo al fin con la voz pastosa que la borrachera le solía prestar—, como suele decirse: la verás pero no la catarás, así que puedes ir yéndote tranquilamente a la mierda.

El asalto final ocurrió algún tiempo después, en la caseta que el bufete montaba en la feria de abril. Era una noche calurosa y todos llevaban horas trasegando fino. Varias chicas incansables vestidas con trajes de flamenca bailaban sevillanas mientras los hombres las contemplaban formando un corro con el catavinos en la mano. De madrugada, cansado ya de todo aquel barullo, Eliseo decidió marcharse a la francesa. Ya salía de la caseta cuando *Zapatitos* lo agarró del antebrazo y tiró de él, arrastrándolo hasta el albero.

—Tú no te vas, tú no me dejas así —le dijo a la cara sin soltar la presa—: esta noche eres mío. —Tenía la cara arrebolada, la mirada turbia, el carmín algo corrido y desfalleciente el verdeazul anguloso que recubría sus párpados. La respiración ahogadiza bamboleaba sus pechos maduros bajo la fina tela de lunares rojos. Eliseo tomó su mano y se la retiró con suavidad.

—Reina —acertó a decir—, este no es el momento ni el lugar... Anda, déjalo para cuando estemos los dos un poco más serenos.

Ella le buscó los ojos con un gesto de duda, como si no acabara de creerse lo que le estaba sucediendo. Luego se hizo a un lado y se recogió la falda de volantes al tiempo que echaba a andar alejándose de la caseta.

—¡Entonces, vámonos de aquí! —gritó—. No quiero que nadie nos vea.

Eliseo le ofreció su brazo pero ella lo ignoró y ambos caminaron en silencio hasta divisar un taxi que acababa de quedarse libre. Cecilia vivía en un barrio cercano y no tardaron en llegar al edificio donde tenía su apartamento. Durante el trayecto no habían hablado una palabra: ella con el rostro contraído, recostada en el asiento, como ausente; él, temeroso de provocarla con algún comentario banal que la exasperara aún más. Por fin el taxi se alejó calle abajo y ambos se encontraron frente a frente en medio de la calle, solos, obligados a decir algo antes de separarse.

—He hecho el ridículo más espantoso —confesó Cecilia bajando la cabeza.

Eliseo amagó con alargar el brazo: deseaba tomarla por el mentón para mirarle a los ojos, pero no se atrevió a tocarla y su gesto se quedó congelado en el aire. Vacilaba, quería decir algo que aliviase de alguna manera el sentimiento de vergüenza que ella le acababa de confesar, pero no se le ocurría nada que no le pareciese cruel o innecesario.

—Siento lo que ha pasado —se limitó a decir—, pero ya hablaremos de todo esto si tú quieres.

Ella hizo un gesto con la cabeza que era un no, un no vale la pena, un quiero que desaparezcas de mi vida para siempre, y luego abrió la cancela de su casa y entró en ella sin decirle adiós, sin volver la cabeza para dedicarle siquiera una mirada.

